

que temo sin cesar, que digan ó piensen alguna cosa desagradable para papá ó mamá.

—Hablad de vuestros padres con el mayor respeto y no se atreverán á deciros nada.

—¡Y mi abuela, que es tan buena para mí! ¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué es preciso?...

Y la tranquila Julia hirió el suelo con el pie, impaciente, en tanto que algunas lágrimas brillaban aún en sus ojos; mademoiselle de la Rochette la abrazó.

—Hija mía,—le dijo,—llevad con paciencia y en silencio esta cruz y no aflijáis á vuestra buena madre con una tristeza de la que adivinaría muy pronto la causa; pensad en que no tiene más que á vos.

—Tenéis razón,—dijo la niña,—y pues que mamá desea que vea á mis primas, las veré; sólo el buen Dios sabrá mi pena y me consolará, ¿no es verdad, querida señorita?

—Sí, Julia mía, así lo espero y le rogaremos juntas; ahora volvamos á casa.

—Voy á llevar á mamá este ramillete de violetas; algunas veces me ha dicho que no hay de estas flores en la isla de Borbón.

Ambas volvieron á casa; Carolina no vió ninguna tristeza en el rostro sonriente de su hija, mas si Julia tuvo bastante fuerza de voluntad para ocultar su pena á los ojos inquietos de su madre, tuvo también bastante constancia para no olvidar, y la ligereza misma de su edad no pudo borrar de su alma este primer dolor, del que Dios sólo era el consuelo.

VIII.

Cora.

Algún tiempo después de esta conversación, madama de Villiers y mademoiselle Esther, sentadas al lado de una ventana abierta respiraban el aire puro y templado de una bella tarde de primavera; hablaban íntimamente, como se habla cuando hay recuerdos comunes y cuando un mismo interés ocupa dos almas, y en tanto que hablaban, seguían con los ojos á Julia, que se paseaba en el jardín en compañía de la negra.

—Mirad, Carolina, mirad á la niña,—dijo mademoiselle de la Rochette;—cualquiera diría que está contando á Cora el cuento de *La lámpara maravillosa* ó el de *El gato calzado*; ¡mirad qué atentamente la escucha la pobre muchacha!

—Le cuenta cosas mejores; hace tres días me hallaba yo sola con Julia, acababa de tomarle su lección de catecismo, y de repente me dijo:

—Mamá, ¿no podría yo dar lecciones á Cora?

—¿Qué lecciones?—pregunté yo á mi vez

muy sorprendida,—porque Cora no tiene la inteligencia nada abierta.

—De religión, mamá,—contestó Julia gravemente,—apenas sabe rezar sus oraciones diarias; mezcla el Padre Nuestro con el Ave-María, y estoy segura de que cuando se confiesa y comulga no sabe lo que hace.

—Yo os confieso, mi querida amiga,—continuó madama de Villiers,—que estas palabras de mi inocente Julia me han hecho entrar en mí misma y que me he reconvenido por haber olvidado tanto á esa pobre Cora, educada conmigo, para mí; á la que he hecho dejar su país, sus primeros amigos, los hábitos de su infancia y que me es tan fiel y tan adicta, en medio de los pesares que han abrumado mi juventud; he olvidado y ahora Julia repara ese olvido. ¡Miradla! cuenta por los dedos, y mira á Cora atentamente; apostaría á que le hace repetir los diez mandamientos.

—¡Tiene el aspecto de un ángel!—dijo la señorita Esther,—y al lado de su negra amiga me parece un cordero que enseña á una leona.

—Nuestra querida niña hace todo esto pensando en su primera comunión; se obtendría de ella lo imposible invocando ese gran día.

—Es necesario un alimento á esa alma ardiente.

—¿Os parece que Julia siente con vehemencia?

—Por lo que hace á su imaginación, con-

vengo con vos, en que la suya es fría y poco móvil; pero en su corazón hay llamas ocultas, es verdad, más grandes y luminosas.

—En efecto, ¡cómo nos ama á todos! su padre es un ideal para ella, y de su abuela solo vé las bellas cualidades; desgraciadamente, yo no he podido hacer otro tanto.

Y madama de Villiers suspiró.

—¡Dejemos á Julia sus bellas ilusiones de niña; dejémosla en su cristiana obra; mirad cómo habla, cómo siente! ¡es un pequeño Lacordaire esa niña!

La madre y la institutriz admiraron aún á Julia durante largo rato, y todas las tardes del verano pudieron gustar el mismo placer; todas las tardes Julia llevaba á su educanda á la calle donde el sol proyectaba sus últimos rayos, y paseándose, le hacía recitar sus oraciones y las primeras lecciones del catecismo, escuchándola, repren-diéndola con una paciencia infantil y siempre sonriente, y no acabándose jamás la sesión sin referirle alguna de las historias de los santos que le habían contado á ella.

Cora escuchaba con religiosa atención, re-tenía mal y se hacía repetir la historia de San Francisco Javier, que había bautizado tantos millares de idólatras, negros ó poco menos; la de Pedro Claver y la de un santo casi ignorado que se llamaba *Benito el Moro*.

—De modo que está en el cielo, negro y todo,—decía Cora llena de alegría,—y yo puedo ir también.

Lo esencial era demostrar esto, según el lenguaje de la lógica, y Julia lo había conseguido con sus infantiles lecciones; sus narraciones, llenas de ingenuidad, habían impreso en el alma ignorante de Cora el deseo y la esperanza de la salvación eterna: la niña no podía hacerla sabia, pero la había hecho piadosa; y le decía con frecuencia:

—Cuando yo haga mi primera comunión, Cora, quiero que tú comulgues también: ya verás que dichosas somos las dos dentro de un año.

—¿Y vos iréis á Caen antes de ese tiempo?

Caen era la nube negra en el horizonte para los corazones que en Angeres amaban á Julia: para ella aquel punto era luminoso, porque allí amaba ella también y sabía que era amada y deseada.

Sus cartas frecuentes, como dulces mensajeras, decían á su padre y á su abuela la alegría que sentiría al verlos; mas en el instante de la partida, sus lágrimas dijeron á su madre con sus besos la pena que le costaba el dejarla. Alma partida en dos amores, en ella estaba siempre el llanto al lado de la sonrisa.

La alegría fue grande en la antigua casa de Caen al encontrar á la niña, tan débil al partir, crecida, más bella y más fuerte que nunca; su padre la había hallado siempre encantadora y perfecta, y madama de Villiers, más severa, no pudo menos, sin embargo, de hallar á Julia más inteligente y más viva que otras veces.

No solamente sabía de las ciencias humanas lo que saben las niñas de su edad, sino que además poseía un buen sentimiento práctico y cierta energía que aplicaba con la mejor voluntad á los detalles del gobierno doméstico. La sangre normanda se revelaba en ella. Madama de Villiers aprovechó esas buenas disposiciones, y durante una dolencia que la retuvo en su cuarto, Julia fue su ayudante de campo, transmitiendo sus órdenes á la cocina, al comedor y á la repostería: era su mayordomo y estaba encargada de las llaves de la bodega y de la despensa; era su intendente y pagaba cuentas, recibiendo también pequeñas cantidades que algunos arrendadores llevaban y dando á cambio recibos: estas nuevas ocupaciones la divertían mucho, las desempeñaba á conciencia y madama de Villiers decía encantada á su hijo:

—Julia llegará á ser una mujer superior; tendrá talento y yo me encargo de iniciarla en el gobierno de la casa.

—Siempre os he dicho, madre mía, que era encantadora.

Jorge fue del mismo parecer cuando á su llegada halló su cuarto de estudiante mejor arreglado que nunca por los cuidados de su pequeña hermana de adopción. Julia había hecho colocar en trofeo la escopeta y el morral de caza, los floretes y la caña de pescar; había puesto en orden los herbarios y dispuesto coquetamente cuadros de mariposas, muestras geológicas y algunos fragmen-

tos de esculturas, venidos de Juniegues; había arreglado cuidadosamente los hermosos libros de premio y puesto en el lienzo de pared donde había mejor y más clara luz, los retratos del padre y de la madre de su amigo.

Jorge la encontraba buena y sencilla, como en los días en que la conoció; pero con el espíritu más abierto, y que se entendía mejor con el suyo: juntos leyeron algunos libros escogidos; mas lo que Julia admiró desde el fondo del alma, las páginas que hablaron más vivamente á su corazón, fueron las de *La joven de la Siberia*, de Javier de Maistre. Aquel cuadro noble y tierno del amor filial, llevado hasta el heroísmo, hizo en Julia una impresión profunda.

—¡Oh, Jorge!—exclamó al terminar el libro.—¡Qué hermoso es amar á sus padres y poderse sacrificar por ellos! ¿Que haré yo por los míos?

—Lo que ya hacéis, Julia. ¿No son dichosos por vos?

—¿Y esto basta?

Julia no dijo más; su corazón, como el de Prascovia, guardaba un secreto; un deseo que solo Dios conocía; pero á despecho de este peso amargo y silencioso, era alegre, sarvicial, dispuesta á jugar y á divertirse, tanto como al estudio y al trabajo.

He aquí lo que escribía á Carolina:

Mi querida mamá:

He recibido vuestra amada carta, y la he be-

sado como si fuerais vos; ¡qué dichosa era de tener en la mano alguna cosa que venía de mamá, que me hablaba de ella, que me decía que me amaba siempre! Pienso sin cesar en vos y en la casa, aunque en esta me divierto mucho y todos son muy buenos para mí; ayer hemos ido todos juntos, porque la abuelita está ya buena, á la quinta de Anselmo para hacer la recolección de las manzanas. Jorge ha trabajado mucho; yo no podía coger ese hermoso fruto, pero estaba sentada en el césped y lo recogía; la abuelita me ha dado un gran cesto para que lo llene yo sola, y lo llevaré á casa para que vos y la señorita Esther las comáis.

Papá me ha dicho que otras veces habéis venido con él á la quinta; es muy bonita, ¿verdad, querida mamá? ¡Cuánto me gusta este riachuelo que hace dar vueltas al molino, y cuya agua es tan clara que se ve todo el fondo! Jorge lo ha copiado en un paisaje que os llevaré también; ¡dentro de ocho días volveré! ¡Qué dicha la de volver á ver á mi querida mamá y abrazarla á mi gusto, así como á mi buena amiga Esther!

Os suplico que digáis á Cora que pienso mucho en ella, y que le llevo una bella imagen de Nuestra Señora y otra que representa á los Reyes Magos. También le llevo un lindo pañuelo de foulard color de grana, para que se lo ponga al estilo de la isla de Borbón, á manera de tocado.

Os abrazo otra vez, querida mamá, y soy con todo respeto y amor. Vuestra,

JULIA.

Aquellos ocho días, así como las semanas que los habían precedido, pasaron rápidamente y todos veían llegar con tristeza el instante en que el paso de Julia no resonaría ya en la escalera de la antigua casa, en que ya no se oiría su dulce voz y su risa de niña, y en que ya no se la veía aparecer como un espíritu familiar en el escritorio del padre, en el cuarto de la abuela, en la vasta cocina, sembrando en todas partes la dulce serenidad de que estaba tan rica. León se espantaba al pensamiento del vacío y de la tristeza de su casa cuando marchándose la niña, y con ella la alegría, se encontrase solo con su madre, siempre cuidadosa y siempre severa; no ver ya al dejar sus negocios y el trabajo aquel delicioso rostro infantil, donde sus ojos descansaban, como la vista de una verde pradera reposa el alma fatigada, le parecía insoportable. Madama de Villiers echaba de menos con la ausencia de Julia una ayuda fiel, una compañera dócil y obediente. Jorge una hermana afectuosa, una amiga que le comprendía, si no por el talento, al menos por el corazón, y todos la vieron alejarse con el corazón oprimido de pena.

—Cuando vuelva ya habré hecho mi primera comunión,—dijo la niña al subir al coche.

—Y yo, repuso Jorge,—llevaré el uniforme de alumno de Saint-Cyr; hasta la vista, Julia.

La alegría de la vuelta á la casa materna

fue turbada por una impresión triste; después que Julia hubo abrazado tiernamente á Carolina y á mademoiselle de la Rochette, buscó con los ojos á Cora que siempre corría anhelante á su encuentro.

—¿Dónde está?—preguntó con inquietud la niña.

—Hija mía,—respondió su madre,—la pobre muchacha está enferma desde hace algún tiempo: ha tomado frío durante estos días nebulosos.

—¿Puedo subir á verla, mamá?

Y Julia corrió al cuarto de Cora, no bien su madre hubo pronunciado el *sí* que deseaba.

La negra manifestó á la vista de Julia una alegría tan viva, que solo pudo expresarla con lágrimas y sollozos.

—Cuando os he visto entrar aquí, señorita,—dijo,—ha sido lo mismo que si viese el hermoso sol de Borbón.

El corazón de Julia, tan amante y tan bueno, se oprimió á la vista de la pobre Cora; la niña había ocultado algunas lágrimas al sentir el contacto de sus miembros enflaquecidos y de sus manos abrasadas por la fiebre: algunos días de enfermedad habían bastado para alterar aquel rostro y para imprimir en él un sello de sufrimiento profundo y de incurable languidez.

Cora era aún muy joven; durante largo tiempo, había conservado su mirada viva y sus dientes blancos, que reían de concierto con sus ojos; mas en aquel momento, una pa-

lidez lívida, parecía haberse extendido sobre su bronceado rostro; sus ojos, antes tan brillantes, no expresaban más que una sombría tristeza, apenas disipada por la vista de Julia, y de los que la rodeaban; la esperanza no parecía posible ante aquel mal rápido, que en tan poco tiempo había emponzoñado las fuentes de la vida.

El pecho de Cora estaba enfermo: los primeros fríos la habían atacado de una manera incurable, y durante todo el invierno, languideció y declinó cada día un poco más.

La Europa mataba á esa hija del sol: apagábase como una planta de los trópicos relegada á la sombra: todos los cuidados imaginables se le prodigaban. Madama de Villiers había llamado á la cabecera de su hermana de leche la ciencia y sus prodigios, más la ciencia no podía crear lo que faltaba á aquel cuerpo doliente: el aire vivificante, las brisas natales, las abrasadoras caricias del sol.

Cora se apagaba en ese destierro, que mataba su cuerpo: pero su alma había encontrado una patria, y era la caridad quien se la había mostrado; la caridad de una niña! Desde el instante en que se hallaba libre, Julia corría al lado de Cora y llegaba á la pequeña estancia, con los ojos llenos de caricias y las manos llenas de presentes; llevaba á la enferma una flor tardía ó precoz, una hermosa fruta, un manjar delicado, una estampa, una estatuita de la Santísima Virgen, todo lo que creía que podía alegrar y consolar á Cora: el cansancio no parecía al-

canzarla jamás al lado de aquel lecho, donde se veía, sin embargo, una tan melancólica imagen del sufrimiento: recordaba á Cora las lecciones del Catecismo, oraba con ella y por ella, y cantaba para distraerla, con su voz dulce y suave, ya una melodía francesa, ya una canción en patois criollo: algunas veces le leía en voz alta una historieta, una anécdota consoladora y ejemplar indicada por su madre ó por Esther. La dulce mano de Julia la sostenía en este camino tan tenebroso para los que marchan solos: esa mano inocente llevaba la antorcha de la fe, que iluminaba con su luz divina los confines de la vida y de la muerte; gracias á la niña, la pobre Cora sabía que al salir de este mundo, su alma iría á descansar entre las manos de un padre lleno de bondad: ella no podía nada más, y confiada en esta esperanza, nada temía, ni sentía el espanto de la muerte.

La enfermedad tenía sus alternativas: el mal se calmaba alguna vez, y cuando bajo el cielo clemente de Anjou, el mes de febrero trajo algunos días bellos, Cora reanimada de repente á la vista del radioso sol, pudo levantarse, y hasta se halló tan bien un día, que se aventuraron á llevarla hasta el monasterio del Buen Pastor.

Sin embargo, una fiebre intensa la consumía, y la dejó sin fuerzas contra los primeros calores del estío; bien pronto Cora estuvo demasiado débil para soportar aquel sol, que era no obstante, como la sombra del que bañaba las rocas de Borbón. Ya no se levanta-

taba, y cada día preguntaba cuánto tiempo tardaría en llegar la fiesta de la Eucaristía: era la época fijada para la primera comunión de Julia, y Cora había manifestado el deseo de comulgar aquel día.

—No podré seguiros á la iglesia, señorita,—dijo meciendo la cabeza;—pero os precederé en otra parte!

La víspera de aquel gran día, Cora se hallaba más débil y más doliente que nunca; no obstante aun, formuló un deseo: pidió que le llevaran flores, y quiso arreglar un ramillete para la iglesia. Este era otras veces uno de sus talentos; sus diestras manos disponían maravillosamente las flores de estufa y las flores de los campos, la verdura ligera y la seda aterciopelada de las rosas y las camelias.

—Yo hice vuestro ramillete de boda,—dijo á madama de Villiers,—dejádmelo hacer uno para la primera comunión de la señorita Julia.

Lleváronle toda una cosecha de flores, que contempló con ojos enagenados de alegría; y sus dedos enflaquecidos empezaron á agrupar las rosas blancas, los claveles, los heliotropos y las flores del azahar que debían formar el centro del ramillete: pero sus manos débiles no pudieron ya prestarse á este ligero trabajo. El frío de la muerte la invadía y dejó caer sobre la colcha del lecho las ramas floridas, que debían sobrevivirla!

—¡Dios vé que no me es posible!—murmuró.

Hacia la caída de la tarde, pareció tan abatida, que el médico no respondió ya de su vida hasta el día siguiente. Llamóse al instante al sacerdote que la confesaba; la señorita de la Rochette preparó á toda prisa aquella habitación donde iban á cumplirse las últimas ceremonias, y el último sacrificio: el ramillete sin terminarse fue colocado sobre la mesa que debía servir de altar.

Julia volvió de la iglesia en aquel instante, y su buen corazón se oprimió al ver tan próximo el fin de la pobre Cora. El sacerdote entró pocos instantes después, y la ceremonia grave y tierna se verificó en silencio, y en medio del mayor respeto; último tributo que pagaban madama de Villiers á los recuerdos de su adolescencia, la señorita Esther á la piedad y Julia á un afecto nacido de la caridad. La Providencia permitió, que el día mil veces dichoso, que tanto había deseado, se obscureciese por aquel duelo doméstico: más no obstante, en el fondo del alma sentía una alegría inefable, conocida de aquellos solos que han visto las maravillas de Dios en las almas; Julia ofrecía al Dios que iba á recibir al día siguiente aquel haz que ella había recogido en la cosecha del eterno Padre. Cora moría tranquilamente; y durante toda la noche rezó con aquella fe sencilla y pura, que Julia le había comunicado.

Por la mañana vivía aún, y dijo con voz débil:

—Hoy es la fiesta del Corpus... ¿dónde está la señorita?

Julia entró en la estancia: estaba vestida de blanco: una ligera corona, también de rosas blancas, sostenía su velo, y en medio de la luz espléndida de una mañana de junio, apareció como un espíritu celeste que iba á librar á aquella alma que sufría. Cora le tendió los brazos por un último esfuerzo.

—Vos, señorita, vais á recibir á Dios, y yo voy á verlo,—le dijo.—El os bendecirá por todo lo que habéis hecho por vuestra pobre servidora; ¡cuando esté en el cielo, siempre, siempre rogaré por vos!...

—No pudo proseguir. Julia, conmovida, le dijo en voz baja:

—¡Cora! ¡ruega allá arriba por papá y mamá!...

Las alegres campanas del Buen Pastor sonaban y llamaban á la niña á la sagrada mesa, Julia se despidió por última vez de la moribunda y se alejó con madama de Villiers.

Cuando volvieron á casa, conmovidas y dichosas, Cora había exhalado el último suspiro, auxiliada por la señorita Esther y consolada por su confesor.

X.

La adolescencia.

Algunas semanas después de lo que dejamos narrado, Carolina escribía á su amiga de Borbón, con quien no había cesado de tener correspondencia, la siguiente carta:

Angeres, 2 agosto de 18...

Mi siempre amada Laurencia: Tu amistad no se cansa de buscarme en el fondo de mi retiro: quieres saber lo que hago, lo que soy en el día, lo que hace y es Julia, y me animas á que te escriba de una manera que no puede ser más dulce para mí, hablándome de tu familia y de tu querida vida doméstica, tan afectuosa y tan animada.

¿Desearías pues, que yo viviese todavía en Borbón? ¡Ah! estoy ahí con frecuencia por el pensamiento! Mas permíteme que á mi vez te atraiga hácia Francia, á mi soledad que conoces tan bien y en la que me sigues con los ojos del corazón. Desde que te he escrito, hemos tenido penas y alegrías. Mi fiel Cora no es ya de este mundo; ha sucumbido á una enfermedad de lan-